

## Los tres chanchitos

Había una vez tres chanchitos que vivían felices con su anciana madre. Pero vinieron tiempos difíciles y los tres chanchitos decidieron seguir su propio camino.

El primer chanchito se encontró con un hombre que cargaba un atado de paja, y le dijo: “Por favor, señor, regáleme esa paja para construir con ella mi casa.”

El hombre le dio la paja y el chanchito hizo con ella su casa.

Muy pronto pasó por allí un lobo grande y malvado, y le tocó a la puerta, diciéndole: “Chanchito, chanchito, déjame entrar.”

Y el chanchito le respondió: “¡Eso nunca lo haré!”

El lobo le respondió: “¡Pues soplaré y soplaré y tu casa haré caer!” Y el lobo sopló y sopló hasta que la casa se cayó, y se comió al chanchito.

El segundo chanchito se encontró con un hombre que llevaba un atado de ramas, y le dijo: “Por favor, señor, regáleme esas ramas para que pueda construir mi casa.”

El hombre le dio las ramas y el chanchito construyó su casa con ellas.

Llegó el lobo y le dijo: “Chanchito, chanchito, déjame entrar.”

“¡Eso nunca lo haré!”

“Pues soplaré y soplaré y tu casa haré caer!” y el lobo sopló y sopló, y siguió soplando hasta que hizo caer la casa y se comió al chanchito.

El tercer chanchito se encontró con un hombre que llevaba una carga de ladrillos, y le dijo: “Por favor, señor, regáleme esos ladrillos para que pueda construir mi casa.”

El hombre le dio los ladrillos y el chanchito construyó con ellos su casa.

Vino el lobo y le tocó la puerta, diciéndole: “Chanchito, chanchito, déjame entrar.”

“¡Eso nunca lo haré!” le respondió el chanchito.

“¡Pues soplaré y soplaré y tu casa haré caer!” Y el lobo empezó a soplar y soplar, y sopló y sopló, y siguió soplando, pero no pudo hacer caer esa casa. Cuando se dio cuenta que su esfuerzo era en vano, le dijo al chanchito: “Chanchito, conozco un sitio donde hay un gran árbol de manzanas.”

“¿Dónde está?” preguntó el chanchito.

“Allá en el Jardín Feliz,” le dijo el lobo. “Si estás listo mañana por la mañana, yo vendré y te llevaré, y juntos iremos a recoger algunas manzanas.”

“¡Muy bien!” le dijo el chanchito. “Estaré listo. ¿A qué hora quieres ir?”

“Oh, a las cinco en punto,” respondió el lobo.

Y así, a la mañana siguiente el chanchito se levantó a las cuatro, una hora antes de la hora en que vendría el lobo.

El chanchito fue a recoger las manzanas y regresó a casa antes que llegara el lobo.

Esto enfureció al lobo, quien juró que se comería al chanchito metiéndose por la chimenea para atraparlo. Cuando el chanchito se dio cuenta de las intenciones del lobo,

encendió un gran fuego y puso en él una olla muy grande llena de agua. El lobo se deslizó por la chimenea y—¡splash!—cayó dentro del agua hirviendo, encontrando así su fin. Así, el chanchito vivió feliz por siempre.

## ILUSTRACIONES

### Ricitos de oro y los tres osos

Había una vez tres osos que vivían en una casa en medio del bosque.

Papá Oso, era un oso muy grande. Mamá Osa, era una osa mediana. Y el Bebé Oso era un osito muy pequeño.

Cada oso tenía un tazón para su sopa. Papá Oso tenía un tazón muy grande. Mamá Osa tenía un tazón mediano. Y el Bebé Oso tenía un tazón diminuto.

Una mañana, Mamá Osa preparó una rica sopa. La sirvió en los tazones, y colocó éstos sobre la mesa. Pero la sopa estaba aún muy caliente para tomarla, y para darle tiempo a que ésta se enfriara, los osos salieron a dar un paseo.

Cuando se habían ido, una niña llamada Ricitos de Oro, llegó a la casa.

Primero miró por la ventana, luego se asomó por la puerta. Después llamó a la puerta, pero nadie respondió.

Seguramente tú estarás pensando que ella debió haberse regresado a su casa. Pero no—¡Ricitos de Oro entró en la casa!

Cuando vio los tres tazones con sopa se alegró. Primero probó la sopa del tazón grande, pero estaba muy caliente. Luego probó la sopa del tazón mediano, pero estaba demasiado fría.

Después probó la sopa del tazón pequeño y ésta estaba justo como ella quería. Le gustó tanto que! ¡se la tomó toda!

Luego Ricitos de Oro vio tres sillas y decidió sentarse a descansar. Primero se sentó en la gran silla de Papá Oso, pero era muy dura.

Luego se sentó en la silla mediana de Mamá Osa, pero ésta era muy blanda.

Después se sentó en la pequeña silla del bebé oso, y ésta le pareció muy cómoda. Se sentó y se sentó en esa sillita hasta que—Plop!—el asiento de la silla se rompió.

Ricitos de Oro se levantó y buscó otro lugar donde descansar. Subió las escaleras y encontró que había tres camas.

Primero, se echó en la gran cama de Papá Oso, pero ésta era muy alta.

Luego se echó en la cama de Mamá Osa, pero ésta era muy baja.

Así que se acostó en la camita del Bebé Oso, la cual le pareció muy cómoda. Se tapó y se quedó dormida.

Para ese entonces los tres osos habían regresado de su paseo. Fueron directamente hacia la mesa, y de repente Papá Oso gritó con su fuerte voz: “¡ALGUIEN HA ESTADO PROBANDO MI SOPA!”

Entonces Mamá Osa miró su plato y gritó con su voz medio fuerte: “¡ALGUIEN HA ESTADO PROBANDO MI SOPA!”

El Bebé Oso miró también su plato y dijo con su diminuta voz: “¡Alguien ha estado probando mi sopa y se la ha tomado toda!”

Entonces, los tres osos empezaron a mirar alrededor. Papá Oso dijo con su fuerte voz: “¡ALGUIEN HA ESTADO SENTANDO EN MI SILLA!”

Mamá Osa, con su voz medio fuerte, dijo: “¡Alguien ha estado sentando en mi silla!”

Entonces el Bebé oso dijo con su voz diminuta: “¡Alguien ha estado sentando en mi silla y ha roto el asiento!”

Los tres osos subieron corriendo hacia el dormitorio.

Papá Oso dijo con su fuerte voz: “¡ALGUIEN HA ESTADO ACOSTADO EN MI CAMA!”

Mamá Osa dijo con su voz medio fuerte: “¡ Alguien ha estado acostado en mi cama!”

Luego el Bebé Oso miró hacia su cama y gritó con su voz diminuta: “¡Alguien se ha acostado en mi cama y está allí todavía!”

El chillido que lanzó el Bebé Oso hizo que Ricitos de Oro despertara asustada.

Cuando vio a los tres osos dio un grito, saltó de la cama y corrió tan rápido como pudo. Y hasta hoy los tres osos no han vuelto a ver a la niña.

## ILUSTRACIONES

### Los tres chivos «rudos»

45

#### ILUSTRACIÓN

Había una vez tres chivos que se llamaban “Rudos.”

Los tres anhelaban ir hacia una colina que estaba cubierta de un frondoso pasto verde. Ellos querían comerse ese pasto, para así engordar.

Para llegar a la colina tenían que cruzar un arroyo, y sobre el arroyo había un puente. Y debajo del puente vivía un gnomo feo y malvado.

El primero en cruzar fue el chivo pequeño.

“¡Trip-trap, trip-trap!” cruzaba por el puente.

“¿DE QUIEN ES ESE TRIP-TRAP SOBRE MI PUENTE?” rugió el gnomo.

Y el pequeño chivo respondió con su vocecita: “Soy yo, el Chivo Rudo Pequeño, y voy hacia la colina para alimentarme”

“¡Ajá!” dijo el gnomo. “¡Subiré a comerte!”

“Por favor, no me comas,” respondió el pequeño chivo. “Soy muy pequeño, sí que lo soy. Espérate hasta que pase mi hermano, él es mucho más grande”

“Bueno pues, ¡vete!” dijo el gnomo.

Muy pronto pasó por el puente el chivo mediano.

“¡Trip-trap, trip-trap, trip-trap!” pasaba por el puente.

“¿DE QUIEN ES ESE TRIP-TRAP SOBRE MI PUENTE?” rugió el gnomo.

Y el chivo mediano respondió en voz no tan pequeña, “Soy yo, el Chivo Rudo Mediano, y voy hacia la colina para alimentarme.”

“¡Ajá!” dijo el gnomo. “¡Subiré a comerte!”

“¡Oh, no, no me comas! Espera hasta que pase mi hermano; él es mucho más grande que yo.”

“Muy bien, vete entonces,” dijo el gnomo.

Casi enseguida pasó por ahí el Chivo Rudo Mayor.

“TRIP-TRAP, TRIP-TRAP, TRIP-TRAP!” pasaba por el puente, pero el Chivo Rudo Mayor era tan pesado que el puente empezó a crujiir bajo sus patas.

“¿DE QUIEN ES ESE TRIP-TRAP SOBRE MI PUENTE?” rugió el gnomo.

Y una voz fuerte y profunda tronó: “¡SOY YO, EL CHIVO RUDO MAYOR!”

“Ajá!” dijo el gnomo. “Subiré a comerte.”

“¡Pues ven e inténtalo!” respondió el chivo.

Fue así que el gnomo trepó por el puente.

Y el chivo se abalanzó hacia el gnomo, saltó sobre él y lo agarró a golpes haciendo cabriolas hasta que el gnomo rodó desde el puente y cayó al agua, para nunca más ser visto.

Después de eso, el Chivo Rudo Mayor se dirigió hacia la colina, donde encontró a sus hermanos. Y los tres comieron tanto y se pusieron tan gordos, que apenas pudieron regresar a casa.

*Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado.*

PADRES: Este es un cuento muy apropiado para dramatizarlo. No se necesita ningún material de apoyo, y con sólo dos niños, o con un niño y un adulto, usted puede hacer los papeles de todos los personajes, simplemente cambiando un poco el tono de su voz. ¡Inténtelo!

## **Momotaro: El Niño Melocotón**

(cuento del folklore japonés)

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo de Japón, vivía un gentil anciano en compañía de su esposa, una mujer muy buena.

Una mañana, el anciano fue hacia las montañas para cortar leña, mientras que su esposa bajaba hacia el río para lavar la ropa.

### **ILUSTRACIÓN**

La anciana estaba fregando y fregando la ropa sobre una piedra, cuando algo extraño vino flotando por el río. Era un melocotón—un inmenso y redondo melocotón! Ella lo recogió—¡Uff!—y lo llevó hacia su casa, pensando en dárselo de comer a su esposo en cuanto regresara.

Pronto regresó el hombre de las montañas y su buena esposa le puso delante el melocotón. Enseguida cogió un cuchillo y se disponía a cortarlo, cuando repentinamente escucharon una voz que decía: “¡Un momento! No me hagan daño” y mientras que ambos miraban atónitos el melocotón, éste se partió en dos y salió un bebé.

El anciano y su esposa se hicieron cargo del bebé. Ellos fueron muy buenos con él

y lo criaron como a un verdadero hijo. Le llamaron Momotaro, que significa “Niño melocotón.”

Momotaro creció muy fuerte y valiente, por lo cual era muy bien visto por la gente del pueblo, debido a que por muchos años habían sido atacados y robados por los *oni*, que eran unos monstruos perversos y codiciosos. Todos en el pueblo temían a los *oni*.

Un día, cuando ya Momotaro se había convertido en un joven, les dijo a sus padres: “Voy a ir a la isla de los monstruos oni que vienen a robar a nuestro pueblo. Voy a volver con todo lo que ellos nos han robado, y los detendré para que nunca más nos hagan daño. “Por favor prepárenme algunos pastelillos de maíz para llevar conmigo en el viaje.”

Los ancianos estaban preocupados, pero le prepararon los pastelillos y Momotaro emprendió el viaje.

No había caminado mucho, cuando encontró un perro. “¿Adónde vas Momotaro?” le preguntó el perro. “Voy a la isla de los monstruos oni para traer de vuelta lo que ellos han robado de mi pueblo,” respondió Momotaro.

“¿Y qué llevas en ese saco?” preguntó el perro. “Llevo los mejores pastelillos de maíz de todo el Japón,” dijo Momotaro “¿Te gustaría comer uno?”

“Mmm, ¡sí!” respondió el perro. “Y voy a ir contigo a la isla de los monstruos oni. Yo te ayudaré.”

El perro comió el pastelillo y luego, él y Momotaro siguieron el camino. Poco tiempo después se encontraron con un mono.

“¿A dónde vas Momotaro?” le preguntó el mono.

“Voy a la isla de los monstruos oni, para traer de vuelta lo que ellos han robado de mi pueblo,” respondió Momotaro.

“Yo iré contigo” le dijo el mono. Momotaro le agradeció y le dio un pastelillo.

Los tres siguieron caminando, cuando de pronto escucharon que alguien llamaba: “¡Momotaro, Momotaro! ¿Hacia dónde vas?”

Momotaro miró a su alrededor, para ver quién lo llamaba.

Un gran faisán salió volando de los campos y aterrizó a sus pies. Momotaro le contó que él y sus nuevos amigos se dirigían a la isla de los oni. “Entonces, también yo iré contigo y te ayudaré,” le dijo el ave. Momotaro le agradeció y le dio un pastelillo de maíz.

Así siguió Momotaro su camino, con el perro, el mono y el faisán siguiéndole muy de cerca.

Muy pronto llegaron a la isla de los monstruos oni. Estos vivían en un gran castillo hecho de piedra.

El faisán voló sobre los altos muros del castillo y se precipitó sobre los oni, picándoles una y otra vez con su afilado pico. Los monstruos gritaban y daban alaridos corriendo entre la confusión.

Fue entonces que Momotaro, con ayuda del perro y el mono, arremetió contra la puerta del castillo. ¡Qué batalla se dio! El perro y el mono arañaban y mordían las piernas de los monstruos, mientras que Momotaro atacaba hacia un lado y otro con su afilada

espada. Muchos de los monstruos huyeron, y pronto Momotaro logró capturar a su rey. Cuando vieron a su rey prisionero, todos los demás monstruos se inclinaron ante Momotaro.

Momotaro ordenó a los monstruos recoger todos los tesoros que habían robado. Fue así que le trajeron hermosas túnicas y preciosas joyas, oro y plata y muchos objetos más.

El joven tomó todo ese tesoro y lo llevó de vuelta a su pueblo. Los oni nunca más volvieron a molestar al pueblo, y Momotaro y sus ancianos padres vivieron felices por el resto de sus vidas.

### ILUSTRACIÓN

## ¿QUÉ ES UN ILUSTRADOR?

¿A tí te gusta dibujar? Te presentamos a Gail McIntosh; a ella le encanta dibujar. En realidad, dibujar es su trabajo. Gail es una artista: una clase especial de artista llamada *ilustrador*.

Un ilustrador hace los dibujos—las ilustraciones—que van en un libro. Las ilustraciones pueden ser dibujos, pinturas y hasta recortes de papel.

Gail dibujó las figuras del cuento “Momotaro: El Niño Melocotón” y también ha dibujado y pintado muchas otras ilustraciones de este libro (puedes ver algunas de ellas en las páginas 45, 52, 66, 83 y 89).

Antes de hacer un dibujo, Gail empieza por imaginárselo, como si lo dibujara en su mente. Cuando te leen una historia, ¿ves algunas veces en tu mente las imágenes de lo que está pasando? Eso es precisamente lo que Gail hace: ella ve figuras en su mente—y luego las dibuja.

“Lo que hago,” dice Gail, “es dibujar, dibujar y dibujar.” Y aun cuando no esté dibujando, está pensando en dibujar. Si alguien le pide que ilustre una historia, ella tiene que pensar en lo que va a dibujar. Tiene que decidir algunas cosas, como por ejemplo, qué aspecto va a tener el gnomo de “Los tres chivos «rudos».”

Cuando tengas en la mano un libro que tiene figuras, averigua quién es el ilustrador. Y la próxima vez que dibujes o pintes, piensa en aquellas “pinturas en tu mente” de tus cuentos favoritos.

**FOTOGRAFIA.** *Gail McIntosh*

## La gallinita colorada

Érase una vez una gallinita colorada que vivía en una granja en compañía de un perro, un gato y un cerdo. Un día, la gallinita decidió preparar pan.

“¿Quién me ayudará a cortar el trigo para preparar mi pan?” preguntó la gallinita.

“Yo no,” dijo el perro.

“Ni yo,” dijo el gato, bostezando.

“Tampoco yo,” gruñó el cerdo.

“Pues entonces, yo solita lo cortaré,” respondió la gallinita colorada.

Cuando tenía cortado el trigo, la gallinita preguntó “¿Quién me ayudará a llevar el trigo al molino para molerlo?”

“Yo no,” gruñó el perro.

“Ni yo,” siseó el gato.

“Tampoco yo,” bufó el cerdo.

“Pues entonces, yo solita lo llevaré,” dijo la gallinita colorada.

Cuando el trigo estuvo ya convertido en harina, la gallinita preguntó: “¿Quién me va a ayudar a hacer la masa para el pan?”

“Yo no,” suspiró el perro.

“Ni yo,” gimoteó el gato.

“Tampoco yo,” dijo el cerdo con desdén

“Pues entonces, yo solita lo amasaré,” dijo la gallinita colorada.

Cuando terminó de mezclar la masa, la gallinita colorada preguntó, “¿Quién me va a ayudar a hornear el pan?”

“Yo no,” refunfuñó el perro.

“Ni yo,” murmuró el gato.”

“Tampoco yo” dijo el cerdo.

“Entonces lo haré yo sola.” dijo la gallinita colorada

Y así, haciendo todo ella misma, horneó una deliciosa y dorada hogaza de pan. “Ahora,” dijo la gallinita, “¿quién me ayudará a comer el pan?”

“¡Yo lo haré!” ladró el perro.

“¡Yo lo haré!” maulló el gato.

“¡Yo lo haré,” gruñó el cerdo.

Pero la gallinita colorada les respondió: “No, no lo harán. Yo sola corté el trigo. Yo sola lo llevé al molino. Yo sola lo amasé y lo horneé. ¡Y ahora yo solita me lo comeré!”

### ILUSTRACIÓN

## Pollito Pito

Caminaba un día Pollito Pito por el bosque, cuando de pronto le cayó una bellota sobre la cabeza.

“¡Válgame Dios!” dijo “El cielo se va a caer. ¡El rey lo debe saber!”

En el camino se encontró con Gallina Fina. “¡Gallina Fina, el cielo se está cayendo!”

“¿Cómo lo sabes?” le preguntó la gallina.

“Porque me ha caído un pedazo en mi pobre cabeza,” le respondió Pollito Pito.  
 “Entonces vamos a decírselo al rey,” le dijo la gallina.  
 Y así iban, ambos caminando, hasta que se encontraron con Ganso Garbanzo.  
 “¡Ganso Garbanzo, el cielo se está cayendo!” exclamó Gallina Fina.  
 “¿Cómo lo sabes?” le preguntó el ganso.  
 “Porque me ha caído un pedazo en mi pobre cabeza,” le respondió el Pollito Pito.  
 “¡Entonces vamos a decírselo al rey!” les dijo el ganso.  
 Y así iban caminando Ganso Garbanzo, Gallina Fina y Pollito Pito, hasta que se cruzaron con el Pato Zapato.  
 “¡Pato Zapato, el cielo se está cayendo!” le dijo el Ganso Garbanzo  
 “¿Cómo lo sabes?” le preguntó Pato Zapato.  
 “Porque me ha caído un pedazo en mi pobre cabeza,” respondió el Pollito Pito.  
 “¡Entonces vamos a decírselo al rey!” exclamó el pato.  
 Y así iban caminando Pato Zapato, Ganso Garbanzo, Gallina Fina y Pollito Pito, hasta que se encontraron con Pavo Centavo.  
 “¡Pavo Centavo, el cielo se está cayendo!” le dijo el Pato Zapato.  
 “¿Cómo lo sabes?” le preguntó Pavo Centavo.  
 “Porque me ha caído un pedazo en mi pobre cabeza,” le dijo el Pollito Pito.  
 “Entonces vamos a decírselo al rey,” dijo el Pavo Centavo.  
 Y se iban todos caminando, cuando se encontraron con el Zorro Porro.  
 “¡Zorro Porro, el cielo se está cayendo!” le dijo Pavo Centavo.  
 “Oh, ¿es cierto?” dijo el astuto zorro. “Si el cielo se está cayendo, más vale que se pongan a salvo en mi madriguera y yo iré a decírselo al rey.”  
 Y así fue que Pollito Pito, Gallina Fina, Ganso Garbanzo, Pato Zapato y Pavo Centavo, siguieron a Zorro Porro hasta su madriguera, y nunca más se les volvió a ver.

## ILUSTRACIÓN

### **Caperucita Roja**

(Cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez una niña muy dulce y muy querida por todos los que la conocían, pero sobre todo por su abuelita, quién la quería más que nadie. En una ocasión su abuelita le regaló una caperuza de terciopelo rojo y a la niña le gustó tanto la caperuza que no dejaba de usarla. Por eso la empezaron a llamar “Caperucita Roja.”

Un día su madre le dijo: “Caperucita Roja, quiero que vayas a ver a tu abuelita, que está enferma. Llévale estos pastelillos que preparamos ayer; eso la hará sentirse mejor. Pero, camina rápido y sigue por el sendero sin detenerte. Y cuando llegues a casa de tu abuelita no te olvides de decirle “Buenos días,” en vez de quedarte mirando alrededor.

“Haré lo que me dices, madre,” le prometió Caperucita, y emprendió su camino.

Su abuelita vivía en una casa de madera en medio del bosque, a media hora de camino del pueblo. Acababa de entrar Caperucita Roja al bosque, cuando se encontró con un lobo. Pero ella no sabía lo malo que era el animal, así que no le tuvo miedo.

## ILUSTRACIÓN

“Buenos días, Caperucita Roja,” le dijo el lobo.

“Buenos días, señor lobo,” le respondió Caperucita Roja amablemente.

“¿Adónde vas tan temprano?” le preguntó el lobo.

“Voy a casa de mi abuelita,” respondió Caperucita Roja.

“¿Y qué llevas allí?”

“Una cesta con pastelillos, como ves. Mi abuelita está enferma y esto hará que se sienta mejor.”

“¿Y dónde vive tu abuelita?”

“En el bosque, cerca de aquí, en una cabaña bajo tres grandes robles,” dijo Caperucita Roja.

“Mmmm ... ” exclamó el lobo mientras pensaba para sí, “Qué tierno y apetitoso bocado será esta niña. Pero ella no será suficiente para mi cena. Tendré que ingeniármelas para comérmelas a ella y a su abuelita.”

Durante un rato el lobo caminó junto a la Caperucita Roja, y en eso le dijo: “¡Mira qué flores tan bonitas! ¿Por qué no te detienes y recoges algunas? Caminas tan rápido como si fueras a llegar tarde a la escuela, mientras que aquí en el bosque las aves están cantando y todo es tan placentero.”

Caperucita Roja miró hacia arriba y pudo ver los rayos del sol danzando entre las hojas de los árboles. Miró las bellas flores a su alrededor y pensó: “Estoy segura que a mi abuelita le encantará que le lleve un ramo de flores frescas.” Así que se alejó del camino y entró al bosque para recoger algunas flores. Cada vez que arrancaba una flor, veía más allá otras aún más bonitas, y así se fue internando cada vez más en el bosque.

El lobo, mientras tanto, corría directo hacia la cabaña de la abuelita. Al llegar, llamó a la puerta.

“¿Quién es?” preguntó la abuelita.

“Soy yo, Caperucita Roja,” respondió el lobo fingiendo una voz muy suave.

“¡Oh! saca el picaporte y pasa, querida,” dijo la anciana, “porque estoy muy débil para levantarme de la cama.”

El lobo quitó el picaporte, atravesó la puerta y se abalanzó sobre la abuelita, ¡tragándosela de un solo bocado! Enseguida se puso el camisón y el gorro de dormir de la anciana, y con expresión socarrona, se acostó en la cama, tapándose con el cobertor.

Mientras tanto, Caperucita Roja, que ya había recogido todas las flores que pudo, logró encontrar finalmente el camino y se dirigió velozmente hacia la casa de su abuelita. Sorprendida por hallar la puerta abierta, entró a la casa, pero enseguida tuvo una sensación extraña. “Oh, Dios,” dijo para sí. “Si esta mañana me sentía tan contenta de venir a visitar a mi abuelita, ¿por qué ahora siento tanto miedo?”

Dando un profundo suspiro, llamó: “Buenos días.” Pero no hubo respuesta alguna. Se acercó entonces a la cama y vio a quien ella pensaba que era su abuelita, pero sólo pudo verle la cabeza, porque el lobo se había tapado la cara con el cobertor y se había calado el gorro hasta los ojos. Caperucita Roja pensó que su abuelita lucía muy extraña.

“Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!”

### ILUSTRACIÓN

“Son para escucharte mejor, querida,” le dijo el lobo.

“¡Y qué ojos tan grandes tienes, abuelita!”

“Son para mirarte mejor, querida.”

“Y, abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!”

“¡Son para comerte mejor!” rugió el lobo, saltando de la cama y engulléndose a Caperucita Roja de un solo bocado.

Sintiéndose satisfecho, el lobo se acostó en la cama y se quedó dormido. Pero empezó a roncar, y tan fuertes eran sus ronquidos, que un cazador que pasaba por allí pensó: “¡Vaya, la anciana suena terrible! Será mejor que entre a ver qué le pasa.” Al entrar vio al lobo profundamente dormido y exclamó: “¡Al fin te encuentro, bestia malvada!” Y estaba ya por dispararle, cuando se dio cuenta que el lobo tenía una inmensa barriga. Agarró unas tijeras y—snip, snip—le abrió la panza.

De inmediato saltó de allí Caperucita Roja. “¡Oh, estaba tan asustada!” dijo. “Está tan oscuro ahí dentro.”

Enseguida salió la abuelita, aún viva.

Caperucita Roja fue a buscar unas cuantas piedras grandes y el cazador relleno la barriga del lobo con ellas. Cuando el lobo se despertó trató de huir, pero las piedras eran tan pesadas que se cayó y se murió.

Caperucita Roja se sentó con su abuelita y el cazador a comer los pastelillos que había llevado, y se dijo: “Después de esto, voy a hacer siempre lo que mi madre me diga, y nunca más me alejaré del camino, ni siquiera para recoger flores.”

PADRES: La versión de los Hermanos Grimm de este cuento acaba con la moraleja de “Nunca alejarse del camino.” Pero ustedes pueden encontrar otras versiones populares de este cuento (basadas en el relato del narrador de cuentos francés Charles Perrault) que terminan con el lobo ¡comiéndose a Caperucita Roja!

## La historia del ratón saltarín

(Leyenda nativa americana, de los habitantes de las llanuras del norte,  
relatada por John Steptoe)

Había una vez un joven ratón que vivía en la maleza, cerca de un gran río. Durante el día, él y otros ratones se dedicaban a buscar comida. Por la noche se reunían para escuchar las historias que narraban los ratones más viejos. Al joven ratón le gustaba que le contaran sobre el desierto que había al otro lado del río, y se estremecía cuando escuchaba historias de las peligrosas sombras que habitaban en el cielo. Pero su historia favorita era un cuento sobre unas tierras muy lejanas.

La tierra lejana le sonaba tan maravillosa, que el joven ratón empezó a soñar con ella. Sabía que no estaría contento hasta que estuviera allí. Los viejos le advertían de lo largo

y peligroso que sería el viaje, pero ello no disuadió al joven ratón. Una mañana, antes que el sol saliera, el ratón emprendió el viaje.

No fue sino hasta el anochecer que llegó al límite de la maleza. Frente a él estaba el río, y hacia la otra orilla, el desierto. Mirando fijamente las profundas aguas, pensaba consternado, “¿cómo haré para cruzarlo?”

“¿No sabes nadar?” le dijo una voz grave.

El joven ratón miró a su alrededor y vio a una rana, pequeña y verde.

“¡Hola!” le dijo. “¿Qué es nadar?”

“Esto es nadar” le respondió la rana, tirándose al río.

“No creo que pueda hacer eso,” le dijo el joven ratón.

“¿Para qué quieres cruzar el río?” le preguntó la rana, saltando de vuelta a la orilla.

“Quiero ir hacia la tierra lejana,” le respondió el ratón. “Suena demasiado hermosa como para vivir toda una vida sin conocerla.”

“En tal caso, necesitarás mi ayuda. Yo soy la Rana Mágica. ¿Y tú quién eres?”

“Yo soy un ratón,” le respondió.

### ILUSTRACIÓN

La Rana Mágica se echó a reír. “Eso no es un nombre. Yo te pondré un nombre que te será útil en tu viaje. Te llamaré Ratón Saltarín.”

Y tan pronto como la rana dijo esto, el ratón sintió un temblor extraño en sus patas traseras. Dio un pequeño salto, y para su sorpresa, saltó el doble de alto de lo que jamás había saltado. “Gracias,” le dijo a la rana, al tiempo que admiraba sus ahora poderosas patas.

“De nada,” le respondió la Rana Mágica. “Ahora, súbete sobre esta hoja y cruzaremos juntos el río.”

Cuando alcanzaron la otra orilla, la Rana Mágica le dijo: “Encontrarás obstáculos en tu camino, pero no te desanimas. Vas a llegar a la tierra lejana si mantienes viva la esperanza dentro de ti.”

El Ratón Saltarín partió dando saltos de arbusto en arbusto. Las sombras le envolvían, pero él evitaba ser visto. Comía bayas cuando lograba hallarlas y dormía sólo cuando estaba de veras exhausto. Y así pasaron los días. Aun cuando podía avanzar rápidamente, se empezó a preguntar si alguna vez lograría llegar al otro lado del desierto. En eso llegó hasta un riachuelo que corría por las áridas arenas. Debajo de un gran arbusto de bayas encontró a un ratón viejo y gordo.

“Qué patas traseras tan extrañas tienes,” le dijo el viejo ratón.

“Fueron un regalo de la Rana Mágica cuando me puso el nombre,” le respondió el Ratón Saltarín, con orgullo.

“Humm,” resopló el ratón gordo. “¿Para qué son buenas?”

“Me han ayudado a cruzar el desierto y con un poco de suerte me llevarán hasta las tierras lejanas,” le dijo el Ratón Saltarín. “Pero ahora me siento muy cansado. ¿Podría descansar acá un rato?”

“Claro que puedes,” le dijo el ratón gordo. “Es más, puedes quedarte para siempre.”

“Te agradezco, pero sólo me quedaré hasta que haya descansado. He visto la tierra lejana en mis sueños y debo seguir mi camino tan pronto como pueda.”

“Sueños,” dijo el ratón gordo desdeñosamente. “Yo solía tener sueños como esos, pero todo lo que encontré fue desierto. ¿Para qué estar saltando por el desierto cuando acá uno tiene todo lo que necesita?”

El Ratón Saltarín trató de explicarle que no era cuestión de necesidad sino de algo que él sentía que debía hacer. Pero el ratón gordo sólo se mofó nuevamente. Finalmente, el Ratón Saltarín hizo un hoyo y se metió allí a pasar la noche.

Al día siguiente, el ratón gordo le advirtió que se quedara en ese lado del riachuelo. “Al otro lado vive una serpiente,” le dijo. “Pero no te preocupes. Le tiene miedo al agua, así que nunca va a cruzar la corriente.”

La vida bajo el arbusto de bayas era fácil, y muy pronto el Ratón Saltarín se sintió descansado y fuerte. El y el ratón gordo comían y dormían y luego dormían y comían. Una mañana, cuando se acercó al riachuelo a beber, se vio reflejado en el agua. ¡Estaba casi tan gordo como el viejo ratón gordo!

“Ya es hora que me vaya,” pensó el Ratón Saltarín. “No he llegado hasta acá para establecerme bajo un arbusto de bayas.”

En ese preciso instante advirtió que una rama se había quedado atravesada en el riachuelo. Cruzaba el agua como un puente—¡ahora la serpiente podía cruzar! El Ratón Saltarín regresó corriendo para avisarle al ratón gordo. Pero la ratonera estaba vacía y había en el aire un olor extraño: ¡Serpiente! El Ratón Saltarín había llegado demasiado tarde. “Pobre mi viejo amigo,” pensó mientras huía. “Perdió las esperanzas de encontrar su sueño, y ahora su vida se acabó.”

El Ratón Saltarín viajó durante toda la noche, y a la mañana siguiente vio que había llegado hasta un prado muy verde. Exhausto, saltó hacia una peña grande donde pudo descansar a salvo. Pero al acercarse se dio cuenta que la peña era realmente un enorme y peludo bisonte acostado sobre la grama, que gruñía de vez en cuando.

El Ratón Saltarín se estremeció ante el terrible sonido. “¡Hola grandazo!” le dijo valientemente. “Soy el Ratón Saltarín y estoy viajando hacia la tierra lejana. ¿Por qué estás aquí acostado como si te estuvieras muriendo?”

“Porque me estoy muriendo,” dijo el bisonte. “Bebí agua de un estanque envenenado, y me he quedado ciego. No puedo ver para buscar grama tierna que comer ni agua dulce que beber. Seguramente moriré.”

El Ratón Saltarín se puso triste al ver tan indefensa a esa enorme bestia. “Cuando empecé mi travesía,” dijo, “la Rana Mágica me dio un nombre y piernas fuertes para que me ayudaran a llegar a la tierra lejana. Mi magia no es tan poderosa como la suya, pero veré que puedo hacer para ayudarte. Te llamaré Ojos de Ratón.”

Tan pronto como el Ratón Saltarín terminó de hablar escuchó al bisonte resoplar con júbilo. El ratón podía escuchar pero ya no podía ver, porque le había dado al bisonte su propia vista.

“Gracias” dijo Ojos de Ratón. “Eres muy pequeño pero has hecho algo grande. Si

vas trotando debajo de mi, no te podrán ver las sombras del cielo y te guiaré hasta las montañas.”

El Ratón Saltarín hizo lo que el bisonte le dijo. Fue saltando al ritmo de las pisadas del bisonte y de ese modo llegó hasta el pie de las montañas.

“Soy un animal de las llanuras, así que debo detenerme aquí,” dijo Ojos de Ratón. “¿Cómo cruzarás las montañas si no puedes ver?”

“Ya habrá una manera,” le respondió el Ratón Saltarín. “La esperanza vive dentro de mí,” y le dijo adiós a su amigo; luego cavó un hoyo y se echó a dormir.

A la mañana siguiente, el Ratón Saltarín fue despertado por la fresca brisa que bajaba de lo alto de las montañas. Cautelosamente, siguió la dirección de la brisa y no había ido lejos cuando sintió una piel bajo sus patas. Alarmado, dio un salto hacia atrás y olfateó el aire—¡Lobo! El terror lo congeló. Pero como no pasaba nada, acopió todo su valor y dijo: “Discúlpeme, soy el Ratón Saltarín y estoy viajando hacia la tierra lejana. ¿Podría indicarme el camino?”

### ILUSTRACIÓN

“Lo haría si pudiera,” le respondió el lobo, “pero los lobos encuentran el camino por el olfato, y mi nariz ya no puede olfatear.”

“¿Qué pasó?” le preguntó el Ratón Saltarín.

“Antes yo era una criatura orgullosa y perezosa,” replicó el lobo. “Pero hice mal uso del don del olfato y por eso lo he perdido. He aprendido que no se debe ser orgulloso, pero si no tengo olfato que me diga dónde estoy y me oriente hacia donde voy, no puedo sobrevivir. Estoy echado aquí, esperando mi fin.”

La historia del lobo entristeció al Ratón Saltarín. Le contó lo de la Rana Mágica y Ojos de Ratón. “Todavía me queda un poquito de magia,” le dijo. “Estaré feliz de poder ayudarte. Te llamaré Nariz de Ratón.”

El lobo aulló de júbilo. El Ratón Saltarín lo podía escuchar olfateando el aire, absorbiendo las fragancias de la montaña. Pero el Ratón Saltarín ya no podía oler el aroma de pino que la brisa traía. Había perdido el uso de la nariz y los ojos. “No eres más que una pequeña criatura,” le dijo Nariz de Ratón, “pero me has dado un gran regalo. Déjame agradecértelo. Ven conmigo, trotando donde las sombras del cielo no puedan verte. Te guiaré a través de las montañas hacia la tierra lejana.”

Y fue así que el Ratón Saltarín, trotando al ritmo de las suaves pisadas del lobo, llegó hasta la tierra lejana.

“Soy un animal de las montañas, así que debo detenerme aquí,” le dijo Nariz de Ratón. “¿Cómo te las arreglarás si no puedes ver ni oler?”

“Ya habrá manera,” le respondió el Ratón Saltarín. Luego le dijo adiós a su amigo y cavando un hoyo, se echó a dormir.

A la mañana siguiente, el Ratón Saltarín se despertó y salió de su hoyo. “Estoy aquí,” dijo. “Siento la tierra bajo mis patas. Escucho las hojas de los árboles crujiendo por el viento. El sol calienta mis huesos. Aunque no todo está perdido, nunca volveré a ser

lo que fui. ¿Cómo podré arreglármelas?” En ese momento el Ratón Saltarín empezó a llorar.

“Ratón Saltarín,” escuchó que le decía alguien con voz grave.

“¿Eres tú, Rana Mágica?” preguntó el Ratón Saltarín, tragándose las lágrimas.

“Sí,” le respondió la Rana Mágica. “No llores, Ratón Saltarín. Tu espíritu desinteresado te ha traído grandes penas, pero ese mismo espíritu tuyo de esperanza y compasión te ha traído hasta la tierra lejana. No tienes nada que temer, Ratón Saltarín. Salta muy alto, Ratón Saltarín,” le ordenó la Rana Mágica. El Ratón Saltarín hizo lo que la rana le dijo y saltó tan alto como pudo. Entonces, sintió que el viento lo elevaba aún más alto, hacia el cielo. Estiró sus patas y se sintió extrañamente poderoso. Para su júbilo, empezó a ver la maravillosa belleza del mundo, sobre la cabeza y bajo los pies, y a oler el perfume de la tierra, del cielo y de las cosas vivas.

“Ratón Saltarín,” escuchó que decía la Rana Mágica. “Te voy a dar un nuevo nombre. Desde ahora te llamarás Aguila, y vivirás en la tierra lejana por siempre.”

## **Los músicos de Bremen**

(Cuento de los Hermanos Grimm)

Había una vez un burro que durante muchos años había cargado sacos de grano sobre el lomo hacia el molino y desde el molino. Pero estaba ya tan viejo que no podía cargar los pesados sacos. Su amo estaba pensando en la forma de deshacerse del animal para ya no tener que alimentarlo. El burro sospechó cuáles eran las intenciones de su amo, así que huyó.

Tomó el camino hacia Bremen, donde había escuchado tocar a una banda callejera música muy dulce, así que pensó que él también podía ser un músico como los de la banda.

61

Pronto se encontró con un perro viejo que jadeaba de cansancio, como si hubiera estado corriendo una gran distancia.

“¿Por qué estás tan agitado, amigo?” le preguntó el burro.

“Ay,” le respondió el perro, “ahora que estoy viejo y cada vez más débil, ya no sirvo para la caza. Mi amo habla de deshacerse de mí, por eso tengo que huir.”

“Bueno,” le dijo el burro, “ven conmigo. Voy a ser músico callejero en Bremen. Yo puedo tocar la flauta y tú el tambor.”

Al perro le gustó la idea, así que juntos siguieron su camino.

Poco tiempo después vieron un gato sentado a la vera del camino, con expresión de gran congoja.

“¿Y ahora qué te pasa, viejo Tom?” le preguntó el burro.

“Si estuvieras en mi lugar también estarías muy triste,” le respondió el gato, “pues ahora que me estoy haciendo viejo y se me han caído los dientes, ya no puedo atrapar ratones, y me gusta echarme detrás de la estufa y ronronear. Me han echado fuera. ¿Qué voy a hacer ahora?”

“Ven con nosotros a Bremen,” le dijo el burro. “Yo sé que cantas muy bien en las

noches, así que fácilmente podrás ser un músico callejero en el pueblo.”

“Eso es justo lo que me gustaría hacer,” exclamó el gato, y se unió al burro y al perro para seguir el viaje.

Iban los tres músicos caminando y caminando, hasta que llegaron a una granja. Sobre la cerca estaba parado un gallo, cantando “¡Qui-qui-ri-qui!” con todas sus fuerzas.

“¿Por qué estás haciendo tanto ruido?” le preguntó el burro.

“Ay,” se lamentó el gallo, “escuché al cocinero decir que me van a cocinar para la cena del domingo, así que estoy cacareando tan fuerte como me es posible, mientras todavía tengo la cabeza en su sitio.”

“Ven con nosotros, Penacho Rojo,” le dijo el burro; nos dirigimos hacia Bremen para ser músicos callejeros. Tú tienes muy buena voz, y nosotros también somos músicos”

“¡Los acompañaré!” exclamó el gallo, y así, los cuatro se marcharon juntos.

No pudieron llegar al pueblo ese día, porque ya oscurecía y tuvieron que buscar un lugar donde pasar la noche.

El burro y el perro se acostaron bajo un árbol; el gato trepó a una de las ramas, y el gallo voló hasta la copa del árbol, desde donde podía divisar todo alrededor.

“Veo luz de una ventana,” les dijo el gallo a sus amigos.

“Eso significa que hay una casa cerca,” dijo el burro. “Vamos a pedir algo para cenar.”

“¡Qué bien me caería un hueso!” dijo el perro.

“O un pedazo de rico pescado,” exclamó el gato.

“O un poco de maíz,” terció el gallo.

Así que todos se levantaron al mismo tiempo y pronto llegaron hasta la casa. El burro, que era el más alto, se asomó por la ventana.

“¿Qué ves, Orejas Largas?” le preguntó el gallo.

El burro le respondió: “Veo una mesa con abundante comida y bebidas, y a unos ladrones sentados cenando.”

“Ven acá,” le dijo el perro. “Debemos pensar cómo apropiarnos de la cena de los ladrones.”

Los cuatro amigos se pusieron a discutir cómo lograrían hacer huir a los ladrones. Finalmente, trazaron un plan. Esto es lo que hicieron:

El burro se paró sobre sus patas traseras y colocó las delanteras sobre el umbral de la ventana. El perro se paró sobre el lomo del burro. Encima se posó el gato y el gallo se encaramó sobre la cabeza de éste.

### ILUSTRACIÓN

Entonces el burro dio la señal y todos se pusieron a cantar lo más fuerte que podían. El burro rebuznaba, el perro ladraba, el gato maullaba y el gallo cacareaba.

Los ladrones no habían oído jamás tal estruendo y pensaron que provenía de algunas brujas, o gigantes, o monstruos.

Asustados, los ladrones salieron corriendo despavoridos hacia el bosque detrás de la casa.

Nuestros cuatro amigos pudieron entonces entrar a la casa y se comieron todo lo que

los ladrones habían dejado en la mesa.

Una vez que comieron todo lo que pudieron, quedaron satisfechos y listos para dormir. El burro se acostó en el patio; el perro se acostó detrás de la puerta; el gato, hecho un ovillo, se acomodó frente a la chimenea y el gallo voló a posarse sobre un armario. Se sentían todos tan cansados, que pronto se quedaron dormidos.

Cuando todo estaba ya tranquilo y oscuro, el jefe de los ladrones envió a uno de sus hombres más valientes de vuelta a la casa. Como todo estaba tranquilo y en silencio, el hombre entró. Pero como no veía, le pisó la cola al gato; el minino saltó enfurecido, escupió al ladrón y le arañó el rostro con sus afiladas uñas. Tal susto se llevó el ladrón, que salió disparado hacia la puerta, pero en eso el perro dio un brinco y alcanzó a morderle la pierna antes de que saliera.

Al llegar al patio, el ladrón chocó contra el burro, quien le dio una patada con sus patas traseras. Todo ese alboroto despertó al gallo, que empezó a cacarear con todas sus fuerzas.

El ladrón corrió como alma que lleva el diablo, hasta donde estaban sus amigos.

Agitado, les dijo: “¡En esa casa hay una bruja malvada que me arañó la cara con sus enormes uñas! ¡Y en la puerta un hombre me cortó la pierna con un cuchillo! ¡En el patio había un gigante enorme que me atacó con un palo y en todo momento alguien gritaba “¡Qué maten al ladrón!” “¡Qué maten al ladrón!”

Los ladrones se asustaron tanto que partieron tan rápido como pudieron. Pero a nuestros cuatro amigos les gustó tanto la casita, que se quedaron a vivir en ella, y hasta donde yo sé, aún siguen viviendo allí.

## **El Patito Feo**

(Adaptado del cuento original de Hans Christian Andersen)

Era un día hermoso de verano en el campo. El trigo estaba amarillo, la avena verde y había pilas de heno sobre la pradera.

El prado estaba todo rodeado de estupendos bosques y en medio de los bosques había profundos lagos. A la orilla de los lagos crecían plantas de hojas muy grandes; tan grandes eran, que un niño podía pararse bajo ellas. En ese lugar, la mamá pata había elegido hacer su nido.

Llevaba ya tantos días sentada sobre sus huevos, esperando que sus crías rompieran el cascarón, que se estaba cansando. Y recibía muy pocas visitas, pues los demás patos preferían nadar en vez de sentarse a graznar con ella entre las hojas.

Por fin los huevos se comenzaron a romper, uno tras otro. “¡Chip!” “¡Chip!” apareció una cabecita, y luego otra. “¡Cuack! ¡cuack!” decía mamá pata y todos los patitos se pusieron de pie como pudieron, bajo las hojas verdes.

“¡Qué grande es el mundo!” exclamaban los recién nacidos—¡y cómo no iba a parecerles grande, comparado con estar dentro del huevo!

“¿Ustedes creen que esto es todo el mundo?” les decía la madre. “Llega hasta mucho más allá del jardín, hasta el extremo del bosque, donde yo nunca he estado. Bueno, ¿ya

salieron todos? Y mirando alrededor, dijo: “¡Ay, no! El huevo más grande está aún en el nido. Y yo ya estoy cansada de estar tanto tiempo sentada.” Pero con todo su cansancio, se sentó sobre el huevo que faltaba.

En ese momento, una anciana pata salió del lago y le preguntó: “¿Cómo va todo?”

“Hay uno que aún no rompe el cascarón,” dijo la mamá pata. “Pero mira a los otros. ¿No son los patitos más lindos que jamás has visto?”

“Vamos a ver ese huevito que no se quiere romper,” le dijo la anciana pata, mirando el nido.

“¡Ay, amiga, créeme, ese huevo es de pavo! Una vez me pasó lo mismo, y tuve tantos problemas con el pequeño. Por más que le graznaba y regañaba, no logré que entrara al agua. Sí, ése debe ser un huevo de pavo. No te ocupes más de él y ve a enseñar a nadar a tus pequeños.”

Pero la mamá dijo con un suspiro: “He estado empollando tanto tiempo, que mejor seguiré sentada hasta que se rompa el último cascarón.”

“Bueno, como quieras,” le dijo la vieja pata y se alejó meneando la cola.

Finalmente se rompió el gran huevo. “¡Chip!” “¡Chip!” dijo el patito y salió tambaleando. ¡Pero qué grande y feo era!

“¡Vaya! ¡Qué diferente a los otros,” dijo la madre. “¿Será de verdad un polluelo de pavo? Bueno, eso lo averiguaremos muy pronto. Debe entrar al agua, aun cuando tenga que empujarlo.”

La mañana siguiente amaneció hermosa, con el sol brillando sobre las verdes hojas. La mamá pata llevó a sus bebés hacia el agua. ¡Splash! se lanzó al agua y desde allí llamaba a sus hijos. “¡Cuack, Cuack!” Uno tras otro los pequeños saltaban al agua, y aunque al caer se hundían de cabeza bajo el agua, enseguida salían y empezaban a nadar. Todos flotaban sobre el agua suavemente, incluso el patito feo y gris.

“¡Bueno, pavo no es!” dijo la mamá pata. “Hay que ver lo bien que usa sus patas y se mantiene tan derechito en el agua. O sea que sí es mi patito. Y realmente, si se le mira bien, no es tan feo. ¡Cuack, cuack! Vengan ya, niños, los llevaré a la granja. Manténganse cerca de mí o alguien los puede pisar; y deben tener siempre mucho cuidado con el gato.”

Conforme se acercaban a la granja, podían oír un ruido horrible, una conmoción de graznidos, silbidos, cacareos y gorgoneos. “Ahora manténgase juntos” les dijo mamá pata, “y háganle una reverencia a aquella anciana pata. Ella es una gran dama. Ahora, niños, inclinen sus cuellos y digan ‘Cuack’.”

Los patitos hicieron lo que su madre les decía. Pero los otros patos los miraban y comentaban: “Miren a ese pato gris tan grande. ¡Qué feo es! No lo queremos aquí. Uno de los patos voló hacia él y le dio un picotazo en el pescuezo.

“¡Déjenlo en paz!” gritó la madre. “¡El no le hace daño a nadie!

“¡Es que es tan grande y feo!” contestaron los patos. “¡No nos gusta!”

Entonces, la gran dama pata dijo lo siguiente: “Todos tus hijos son bellos, excepto ése. El no te ha salido bien. Es una lástima que no puedas empollarlo nuevamente.”

“Eso no puede ser, mi alteza, y aunque no sea hermoso, es un buen niño y nada muy

bien. Yo creo que conforme vaya creciendo se parecerá más a los otros.”

“Bueno, siéntanse como en casa,” les dijo la vieja pata.

Pero todos se burlaban del pobre patito; los patos y las gallinas lo mordían y picoteaban. Hasta el pavo se inflaba como una vela, y glugluteando hasta ponerse rojo, embestía al patito. El pobre animalito no sabía qué hacer. Se sentía muy triste porque era muy feo y todos se reían de él. Hasta sus hermanos y hermanas eran malos con él y le decían cosas crueles, como: “¡Ojalá te comiera el gato, pato feo!”

Finalmente al patito no le quedó otra cosa que huir. Bordeando la cerca se alejó corriendo y corriendo, hasta que llegó a los pantanos, donde habitaban los patos silvestres. En ese lugar pasó la noche, muy agotado y solo.

Al amanecer, los patos silvestres se acercaron a ver al recién llegado. “¿Quién eres tú?” le preguntaron. El patito se inclinó ante ellos muy cortésmente, pero éstos le dijeron con rudeza: “En verdad eres bien feo!” Pobre patito-todo lo que quería era que lo dejaran en paz para beber un poco de agua del pantano.

Se acomodó por tres días, cuando fue visitado por dos gansos salvajes. Ellos fueron rudos también, y le dijeron “Eres tan feo que nos agradas. ¿Por qué no te unes a nosotros? No muy lejos de aquí hay unas dulces y adorables gansas, doncellas verdaderamente encantadoras. ¡Eres tan feo que causarás sensación entre ellas!”

Y repentinamente—¡BANG! ¡BANG!—sonaron unos disparos. Los dos gansos salvajes cayeron muertos y el agua se tiñó de rojo con su sangre. ¡BANG! sonó otro disparo y toda la bandada de gansos salió volando, seguida de más y más disparos de escopeta que lanzaban los cazadores por todo el pantano.

El humo de las escopetas lo inundaba todo, mientras que los sabuesos de los cazadores caminaban entre el barro. El patito estaba aterrorizado. Encogió la cabeza para esconderla bajo las alas, cuando vio delante de él un perro enorme, con la lengua colgándole del hocico y los ojos chispeantes como fuego. El perro abrió su inmensa mandíbula, mostrando sus dientes muy blancos y afilados, pero de pronto dio media vuelta y se fue sin tocarlo.

“¡Vaya!” suspiró el patito aliviado. “Supongo que debo estar agradecido de ser tan feo, que ni el perro ha querido mordirme.”

Horas después, cuando los disparos habían cesado, el patito salió apresuradamente del pantano. Atravesó campos y praderas, pero el viento se hizo tan fuerte que apenas podía avanzar.

Al atardecer, llegó junto a una pobre cabañita. La puerta estaba retorcida, así que decidió entrar por una rendija. Allí vivía una ancianita, en compañía de su gato y su gallina. El gato podía arquear el lomo y ronronear. La gallina ponía muy buenos huevos. Cuando vieron al patito, el gato empezó a ronronear y la gallina a cacarear.

Frente al patito, el gato y la gallina se sentían las criaturas más hermosas y astutas del mundo. El patito no estaba del todo de acuerdo, pero la gallina no lo dejaba ni hablar.

“¿Puedes poner huevos? ¿Puedes?” le preguntó.

“No,” le respondió el patito.

Luego habló el gato: “¿Puedes arquear el lomo así como yo? ¿Y puedes ronronear?”

“No,” contestó el patito.

“¡Pues entonces guarda silencio cuando personas sensatas están hablando!”

Así que el patito se sentó solo en un rincón, sintiéndose muy triste. Pero de repente le vino un pensamiento a la cabeza, un pensamiento de aire fresco y luz del sol. Y sintió tantas ganas de estar flotando en el agua, que no pudo esperar a decírselo a la gallina.

“¿Qué es lo que pasa contigo?” cacareó la gallina. “¿De dónde sacas esas absurdas ideas? Si pudieras ronronear o poner huevos, no tendrías pensamientos tan extraños.”

“¡Pero es glorioso flotar sobre el agua!” le respondió el patito. “Es tan maravilloso sumergir la cabeza bajo el agua y luego bucear hacia el fondo!”

“¡Debe estar loco!” le dijo la gallina. “¿Crees que a mí me va a gustar nadar? O pregúntale al gato: él es la persona más sensata que conozco. ¿Crees que a él le va a gustar sumergirse hasta el fondo del agua? ¡Humfff!”

“Es que ustedes no me entienden,” les dijo el patito.

“Bueno, si nosotros no te entendemos, me gustaría saber quién te entiende” replicó la gallina. “Supongo que no pensarás que eres más sabio que nosotros. Si prestas atención, podrás aprender de nosotros. ¡Ahora, haz algo: pon un huevo o aprende a ronronear!”

“Creo que lo mejor es que me vaya,” dijo suspirando el patito.

“Bueno, pues, ¡vete!” exclamó la gallina.

Y el patito se fue. Se la pasaba flotando y sumergiéndose en el agua, pero se sentía muy solitario, ya que ningún animal lo quería por ser tan feo.

Los meses pasaban y el patito nadaba en las claras aguas del inmenso lago. Y así llegó el otoño. Las hojas se pusieron amarillas y secas; el viento las arrancaba y las hacía dar volteretas. El viento era muy frío y las nubes se cargaron de nieve. El desdichado patito sentía mucho frío y estaba solitario y triste.

Un atardecer, cuando el sol ya se ponía, una bandada de aves salió de entre los arbustos. Nunca antes el patito había visto algo tan hermoso. Sus plumas eran blancas como la nieve y tenían el cuello largo y grácil. Con un extraño y salvaje chillido, las aves estiraron sus alas y subieron muy alto, dejando atrás el frío lago, hacia tierras más cálidas.

El patito giró en el agua, estirando su cuello para verlas, y de su garganta brotó un sonido tan fuerte y extraño, que él mismo se asustó. No podía dejar de pensar en aquellas aves, tan nobles y felices. Las aves eran cisnes, aunque el patito no sabía cómo se llamaban ni adónde se dirigían. Aún así, sintió que amaba a esas aves, como nunca antes había amado a alguien. No les tenía envidia, porque ni se atrevía a desear tanta belleza para sí mismo. Sólo se hubiera conformado con que las aves de la granja lo aceptaran—al desdichado y feo pato.

Apareció el invierno y fue terriblemente frío. El patito tuvo que seguir nadando y nadando para evitar que las aguas se congelaran. Pero el agua se congelaba más y más

cada noche. Al fin un día no pudo más de cansancio y se detuvo, quedando preso en el agua congelada.

A la mañana siguiente pasó por allí un granjero y al ver al animalito casi congelado en el agua, rompió el hielo con su sueco y se llevó el patito a casa para su esposa y sus hijos.

Los niños querían jugar con él, pero el patito tenía miedo de que le hicieran daño y al acercarse los niños, aleteó y tiró al suelo un balde lleno de leche. La mujer empezó a gritar y agitar los brazos, lo que asustó más aún al patito, cayendo éste sobre la harina y la mantequilla. Los niños reían alborozados y saltaban uno sobre otro tratando de agarrarlo. Fue una suerte para él que la puerta estuviera un poco abierta, porque pudo escapar y esconderse entre unos arbustos en la nieve, donde pudo descansar, aturdido.

Sería muy triste contarles los días tan terribles que pasó el patito durante el invierno.

Pero al fin, un día, mientras yacía en el pantano, el sol empezó a brillar nuevamente y las alondras volvieron a cantar—¡la hermosa primavera había llegado!

El animal se levantó y agitó sus alas. Estaban más fuertes que nunca y podían levantarlo fácilmente. Para su sorpresa, se dio cuenta que las alas lo llevaban velozmente y llegó hasta un jardín muy grande, donde los manzanos estaban floreciendo. Luego, en un arroyo cercano, vio a tres magníficos cisnes flotando plácidamente sobre el agua. Cuando vio a esas adorables aves, sintió una extraña tristeza.

“Volaré directo hacia esas aves majestuosas,” pensó. “Tal vez me maten a picotazos por ser tan feo, pero no me importa. “Más vale ser muerto por ellas que ser mordido por patos, picoteado por gallinas, y tener que soportar otra vez un invierno tan terrible.”

Entró al agua y nadó hacia las hermosas criaturas. En cuanto éstas lo vieron, nadaron hacia él. Este inclinó la cabeza, esperando que lo mordieran, o aún peor, que lo mataran. Pero al hacerlo ... ¿qué es lo que vio en el agua transparente? Su propia imagen, reflejada en el agua como en un espejo, no era la de un pato gris y feo. ¡Era un cisne!

Así que ya ven, haber nacido entre patos no importa, cuando uno ha salido de un huevo de cisne.

En ese momento, unos niños llegaron al jardín y empezaron a echar pan en el agua. El más pequeño gritó: “¡Miren, hay un cisne nuevo! ¡Y es el más joven y hermoso de todos! Los cisnes mayores inclinaron la cabeza ante él, lo que realmente avergonzó al joven, que escondió la cabeza entre el ala.

¡Se sentía tan feliz! Recordaba cómo había sido odiado y burlado, y ahora todos decían que era el más hermoso entre todas esas hermosas aves.

Bajo el sol tibio y brillante, agitó sus plumas y estiró su esbelto cuello, diciendo, con todo su corazón: “¡Nunca hubiera soñado que iba a ser tan feliz, cuando no era más que un patito feo!”

## ILUSTRACIÓN